



*Leyendas*

*Urbanas*

*MANERAS DE VIVIR, un poco negras*

### *La Niña de la Puebla*

La vida que llevamos, aquella que vivimos como podemos o como nos dejan vivirla, tiene a veces aspectos que la hacen irreal. La lectura, el cine, la música y otras muchas cosas más nos ayudan a sobrellevar la rutina cotidiana, monótona, aburrida, y tan real, que a veces la mezclamos de tal manera que ya no sabemos qué hemos vivido y qué hemos leído, imaginado o... quizás jugamos a equivocarnos para no reconocer que nuestra vida es triste y sórdida, y lo que es peor que nosotros somos culpables por no querer salir de esa situación.

Por cierto, hace unos meses me ocurrió un suceso que he comentado en algunos círculos de amigos, hay quien dice que es una leyenda, pero no, es una historia real. Todavía le estoy dando vueltas a este personaje que para mí es fascinante. Le conocía un poco, habíamos trabajado juntos, hace muchos años, durante un tiempo, en la misma sección de la fábrica. Era muy reservado, hablaba lo justo, no contaba nada, siempre muy serio, los compañeros se reían de él, lo

llamaban "Harpo", el mudo de los Hermanos Marx. Contrastaba con el resto de los compañeros, en aquella época todos muy jóvenes y con muchas ganas de contar nuestras aventuras y de reírnos por todo y de todo. Poco a poco llegué a mantener pequeñas conversaciones con él y descubrí que era un tipo culto, muy aficionado a la lectura y al cine. A pesar de que únicamente hablaba conmigo no conseguí saber nada más de él. Sólo sabía que en aquella época vivía con sus padres, como la mayoría y que no tenía novia, preocupación fundamental en aquel tiempo para nosotros. Ahí quedó todo.

Cierta noche me llamaron a casa, había fallecido el padre de un amigo, y a partir de las 10 estarían en el Tanatorio. Mi primera idea fue acercarme a primera hora del día siguiente, pero como no conseguía dormirme y me encontraba muy desvelado, me vestí y me marché. La sala del Tanatorio, estaba llena de gente, mi amigo Antonio, tiene mucha familia entre tíos y primos. Saludé, intercambié unas palabras de rigor y como no conocía a nadie salí a fumar, dentro hacía un calor insoportable y Antonio estaba ocupado consolando a una de sus tías. Allí, junto a una columna, había un hombre, apoyado, pensativo, al principio no me llamó la atención, es lo normal en estos sitios, gente meditabunda y pensativa. Al rato, observé que seguía en la misma posición, pero además sus rasgos me eran familiares, yo le conocía de algo. ¿Le decía algo? ¿De qué? ¿Instituto? ¿Trabajo? Poco a poco empecé a recordar, aquel hombre era el "Harpo" con muchos más años y muchas canas. Dudaba qué hacer, pero por otra parte seguir allí aburrido y solo no me apetecía mucho. Como no tenía nada que perder y seguía sin tener sueño me acerqué y le pregunté:

-Perdona, creo que nos conocemos o en todo caso te pareces mucho a una persona que trabajó conmigo en la Fábrica Ormazabal hace muchos años. Me llamo Enrique, Enrique Ramírez.

Me miró con mucha atención, sus ojos negros se clavaron en mi rostro: tristeza, dolor, melancolía, todo eso se podía leer en su mirada, parecía que no iba a decir nada, transcurrieron unos segundos que me padecieron muchos minutos, y cuando me iba a disculpar y a decirle que ni era el momento ni el lugar para hablar de estas cosas, me respondió:

-Sí, te conozco, creo que una vez trabajamos juntos hace muchos años.

Me acerqué y le extendí la mano, mientras le transmitía algunas palabras rituales para la ocasión sobre lo dura que es la vida cuando nos toca la muerte de cerca. Supuse que estaría por alguien cercano dada la tristeza que desprendía. Como soy de verbo fácil, le conté mi vida en pocas palabras, que seguía trabajando en la fábrica a pesar de los años transcurridos, pero ya como jefe de sección, que desgraciadamente era viudo desde hacía tres años y que sufría un proceso depresivo que me ocasionaba insomnio muy a menudo. Cuando acabé, él permaneció callado y como me sentía incomodo le ofrecí tomar una taza de café. Asintió y nos fuimos a la cafetería. Allí la situación era tensa, muy tensa, y empecé a pensar que era un error haberle dirigido la palabra, sólo hablaba yo. El resumen

de la conversación fue escaso, me respondía con monosílabos, no se había casado, no tenía trabajo y parece que seguía viviendo en el mismo barrio. Abandonamos la cafetería y él se fue otra vez, a pasearse por el Tanatorio, yo me marché a casa.

Días después lamentablemente otra desgracia, en este caso familiar, hizo que me acercara al Tanatorio, en aquel caso llegué sobre las 12 de la noche, y volví a encontrarme a Harpo, deambulando y con una actitud similar, en este caso lo observé a distancia pero no le saludé.

Como la curiosidad me mata, al día siguiente solicité ver los archivos de los empleados de la época en la que habíamos trabajado juntos. Afortunadamente, no se había destruido ningún papel, estaban archivados todos los expedientes de los empleados y si lo deseaba podía buscar lo que quisiera. La fábrica sigue siendo una empresa de tamaño mediano y en los aspectos burocráticos todavía estamos bastante atrasados, en caso contrario estos papeles tan antiguos habrían desaparecido. Allí estaba su ficha, fue fácil de localizar, estaba su foto y todos los datos incluido el domicilio, había ingresado unos meses después que yo, a principios de los años 70, ahora tenía 52 años. Ninguna observación, ninguna incidencia y pidió la baja voluntariamente después de 10 años de servicios en la empresa. Podría preguntar a su jefe de aquella época o a sus compañeros más cercanos, pero dado su hermetismo es posible que no supieran nada de nada y no pudieran aportar ningún dato.

Pero como no hay dos sin tres, una inoportuna avería en mi vehículo, me obligó a cierta noche a tomar el metro para regresar a casa. Eran más de las doce de la noche, en taquilla me informaron que todavía pasaría algún tren, pero que tardaban 20 minutos entre uno y otro. Llegué al andén, estaba bastante vacío, el anterior convoy habría pasado hacía escasos minutos. A esas horas sólo se veía a jóvenes que iban de "marcha" o a trabajadores que iban o volvían de turnos de trabajo. Me impresiona las pintas de los jóvenes de ahora, no lo puedo remediar y por eso, caminé por el andén y así vi otra vez a Harpo. Ahora estaba sentado en un banco, leyendo con mucha atención algunos periódicos que posiblemente habría recogido de la papelería, dado el desorden de las páginas. No me atreví tampoco a decirle nada.

Pero a mí hay cosas que me intrigan mucho. ¿Qué le pasaba a este hombre? ¿Qué vida llevaba? ¿Qué misterio ocultaba? Por otro parte a mí que me importaba todo esto. Bastante tengo con superar mis propios problemas como para meterme a investigar vidas ajenas.

Durante unos días no le di importancia, pero después, después sí, y así cierta tarde me dejé caer por el barrio, que está cada día más cambiado. Ya es difícil conocer a la gente, los negocios de toda la vida cambian de manos con rapidez, y cada vez que voy me siento más extraño. Intenté localizar al Harpo, pero la gente no le recordaba, alguien que es muy hermético es difícil que deje huella en los que le rodean. El resultado fue negativo.

Sin embargo, por la noche, yo sí sabía donde podría estar. Así que aquella noche me vestí con ropa cómoda y con una cazadora que me permitiera pasar desapercibido. Tomé mi vehículo y cuando marcaban las doce de la noche en punto llegaba al Tanatorio. Di una vuelta y allí estaba Harpo, apoyado en una barandilla. Me senté en un banco a su espalda dispuesto a ver que hacía. Una hora después bajó a la cafetería, observé que pidió un cuba libre o algo parecido y durante un largo rato se lo tomó en silencio. Subió otra vez, pero ahora se fue a una sala de espera casi desierta, allí se sentó en una esquina y durmió durante un rato. A todo esto ya eran las cuatro de la mañana, empezaba a tener sueño, y al día siguiente tenía trabajo.

Por fin, abandonó el Tanatorio y caminando se marchó en dirección al Centro. Le seguí con el coche, y tras una hora de caminata para él, llegamos a la Estación de Atocha. Empezaban a abrir las puertas de entrada y los bares, en los paneles se anunciaba un tren que llegaría en media hora y otro que saldría posteriormente. Empleados, viajeros, noctámbulos y mendigos se mezclaban. Los mendigos rápidamente tomaron posiciones vigilando el equipaje por si se podía distraer alguna maleta o bolsa y otros buscaron los lugares menos frecuentados para echarse un sueñecito. El Harpo se fue a una de las salas de espera y con especial disimulo se situó entre un grupo de extranjeros volviendo a dormirse. El tiempo pasaba inexorablemente y yo seguía sin poder dormir y llegando a conclusiones que parecían evidentes, Harpo no tenía casa, dormía en la calle, donde podía. ¡Pues vaya un tío raro!

Sobre las siete de la mañana se dirigió al servicio público, allí se aseó por partes, con tranquilidad y después se afeitó. En ese momento, tomé una decisión llamé al trabajo y les dije que no me encontraba nada bien y que no iría a trabajar. Tenía que seguirle y conocer el objetivo de esta conducta absurda. Este hombre no parecía un mendigo, ¿qué le había ocurrido para acabar así, en la calle? Tomó el metro y le seguí, ahora era yo el que tenía un aspecto lamentable con barba y pinta de no haber pegado un ojo. Salimos del metro en el centro y se dirigió a unos laboratorios, entró por la puerta principal y parecía que sabía a donde iba. Le seguí disimulando hasta el ascensor, había subido hasta la quinta planta. Corrí por las escaleras y cuando llegué agotado y sin aliento vi el letrero que lo aclaraba todo, decía: EXTRACCIONES REMUNERADAS DE SANGRE. Ahora ya sabía como obtenía sus recursos económicos. Vendía su sangre. En la sala de espera debía de encontrarse, una enfermera con una muestra de sangre en la mano me indicó el mostrador para que me tomaran los datos. Me marché corriendo a casa, me duché y traté de descansar, pero no lo conseguí.

No sabía que hacer ni por donde continuar. Llamé a una amiga, es asistenta social, pero no me fue de gran ayuda, me explicó los diferentes programas de rehabilitación para mendigos y gente sin recursos, pero para mí que Harpo era consciente del estilo de vida que llevaba, yo creía instintivamente que él lo había elegido. Volví a mi rutina normal, al trabajo cotidiano, pero me costaba mucho concentrarme, una y otra vez volvía a pensar en Harpo y su manera de

vivir.

Después de darle vueltas, tomé una decisión, tenía que hablar con él y que me aclarara de una vez su vida. Podía negarse, pero yo no podía seguir con la intriga de su conducta. Aquella noche, cené temprano y me marché al Tanatorio, al poco tiempo de pasear por las salas, apareció Harpo. Me fui hacia él, y sin darle ninguna opción más que para intercambiar un saludo formal le dije:

-Sé que te llamas Antonio Arroyo, me cuesta trabajo decir lo que te tengo que decir. Me meto donde no me llaman, pero he venido por causalidad varias veces al Tanatorio y te he visto, también te vi una noche en el metro, otra vez de madrugada en la estación de Atocha e incluso en unos laboratorios vendiendo sangre. No te conozco pero me gustaría saber porque vives así, en estos lugares y si es posible ayudarte, cuenta conmigo. Buscaríamos algo en la fábrica o donde sea. Bueno, tu mismo, si quieres me marchó y no te molesto más pero me gustaría que me dieras una explicación.

Me miró a los ojos durante unos minutos, sin pestañear, fijamente. Finalmente habló.

-Eres la primera persona en mucho tiempo que se preocupa por mí aunque sólo sea por curiosidad, mi vida no tiene interés ninguno. Me has seguido, no lo puedes negar. El azar existe sólo cuando se busca obstinadamente.

-Para mí tu vida si tiene interés, yo estoy solo también, no estoy en mi mejor momento ¿nos sentamos en aquel banco?

No dijo nada se encaminó y se sentó, yo hice lo mismo, estaba un poco nervioso.

-Mis padres se quedaron inválidos cuando era un adolescente, ya eran inválidos cuando nos conocimos en la fábrica, algo curioso pero que pasa a veces. Coincidencias que las lee uno en el periódico y no se las cree. Mi padre era albañil, se cayó de un andamio y se rompió la columna y mi madre fue atropellada en la calle por un camión. Así mi juventud fue dura, poco dinero por la pensión de mi padre, estrecheces, el trabajo en la fábrica, el cuidado de mis padres y los libros y películas que veía. Mi experiencia de la vida era los libros y esa ventana que algunos llamaban la "caja tonta", la televisión, pero menos mal, así sé como es aproximadamente Venecia, la selva o el mar. Los libros me enseñaron muchas cosas, pero es insuficiente, los escritores escriben sobre el amor, pero eso no es todo, no podemos oler ni saborear el amor; explican como es la brisa del mar y así se ve en las películas, pero la brisa huele también y el agua del mar sabe de una manera especial, y la piedra de los castillos tiene rugosidades que por mucho que se describan y se vean en una pantalla hay que tocarlas, hay que sentir la vida y eso no se consigue con los libros y las películas. Viví dedicado a mis padres, dos seres amargados y despóticos que hundieron mi vida, no he vivido y ahora ya es tarde, muchas veces pensé dejarlos abandonados pero no tuve valor..... no

puedo seguir, necesito un trago, vamos a la cafetería.

En la cafetería que en aquellos momentos estaba solitaria, algo más tranquilo prosiguió:

-Con los años mis padres necesitaron más cuidados, más dinero, mi padre para acabar de fastidiarlo todo se demenció. Dejé el trabajo en la fábrica para poder cuidarlos adecuadamente. Empecé a trabajar de noche, de vigilante en obras, en almacenes de polígonos industriales y cosas así. Los gastos eran cada vez más altos y necesitaban alguien que los cuidara día y noche. Las ayudas del ayuntamiento son un camelo, no cubren nada más que necesidades puntuales. Así empecé a vender la sangre, es un método rápido para sacar dinero. Al final entregué el piso a una sociedad que se dedica al cuidado de enfermos, los cuidan hasta el final y se quedan con el piso.

-¿Pero como hiciste eso? ¡Qué error! Has perdido el piso para siempre.

-Estaba desesperado, llevaba toda la vida dedicado a ellos y no aguantaba más. No tenía nadie a quien recurrir, o el orgullo y la timidez me impidió acercarme a personas que tal vez me hubieran ayudado. Yo creo que no, nadie me hubiera ayudado. La gente va a sus asuntos y los problemas de los demás a nadie le interesan. Eso fue hace unos años, desde entonces he hecho de todo, pero estoy derrotado, no quiero saber nada del mundo. No creo en la gente, sólo creo en mi propio esfuerzo. Estoy bien así, tengo lo más valioso, mi libertad, hago lo que quiero. Paso el día en las terminales de autobuses de grandes recorridos y en estaciones de tren. La gente deja comida en las papeleras, mucha comida. Para las noches, el mejor sitio es el Tanatorio, no es un lugar triste como todo el mundo cree, no lo creas, hay también mucha alegría, siempre hay quien se alegra y sobre todo está abierto toda la noche, no tienen horarios. El metro es otro lugar donde nadie te dice nada, aunque ahora hay muchos vigilantes jurados rondando. Otro lugar son los hospitales, urgencias tiene horario continuado, está abierto toda la noche y allí puedes estar a tu aire, horas y horas y luego en las diferentes especialidades del hospital te puedes pasar buenos ratos haciendo que vas a ver algún enfermo. También están los parques, nadie te molesta y en el verano son los mejores lugares. Mención aparte son las bibliotecas públicas además de leer lo que te apetezca puedes pasar horas y horas, estás al día, informado. El dinero no me hace falta, de vez en cuando vendo sangre y ya está, con eso me apaño.

-Pero, ¿puedo hacer algo por ti? Lo que quieras. Me dejas sorprendido. ¿No es un poco triste pasar los días y noches en estos lugares?

-Ya has hecho esta noche mucho, yo estoy bien así con mi soledad, mis pensamientos, mi mundo, mucho mejor que ese otro exterior que ya me ha herido bastante. A veces hablo con otros mendigos los hay de todo tipo y condición, y hay algunos tienen una situación similar a la mía. No es triste estar así, más triste es ir a trabajar un día y otro sin saber para qué, vivir como autómatas. Soy libre, tu no.

-Puedes rehacer tu vida, tener un trabajo, una mujer, amigos,...

-De momento prefiero mis sueños, mi libertad, ellos no me traicionan como tus hipotéticas realidades. Rehuimos la soledad, y allí es donde están nuestros pensamientos y sentimientos, quizás algún día sea fuerte, tan fuerte como para volver a encontrarme a mí mismo.

Ahí acabó la charla, un abrazo que forcé y una tarjeta con mis teléfonos que deslicé en un bolsillo de su chaqueta dieron por finalizado nuestro encuentro. Desde entonces no sé nada de Harpo, no le he vuelto a ver. Sin embargo me agobia el trabajo, cada día más, estoy pasando una mala racha. No sé que me pasa. Ayer fue curioso, estuve en un hospital, visité a un compañero operado de una hernia y cuando me marchaba entré en urgencias y pasé varias horas, yo sólo con mis pensamientos, sin hablar con nadie, con mis sueños. Me encontré muy bien.